

A una linda chica

Eric Paúl Angulo García

Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A mis hijos, Gustavo y Milan, por inspirarme a vivir, y a sus madres, dueñas de un amor infinito.

Agradecimiento

A María Gabriela Sánchez Pinargote, por ser mi musa y tomarse el tiempo de leer las versiones para corregirlas.

Sobre el autor

Nacido un 10 de julio de 1990, se graduó como Bachiller en Ciencias Sociales del Colegio Nacional Experimental "Dr. Francisco Xavier Aguirre Abad" de su natal ciudad Guayaquil (Ecuador). Es en esta secundaria donde recibió gran influencia del reconocido poeta, periodista y educador, Ignacio Carvallo Castillo, de quien fuera discípulo y cosechara una gran amistad. Sus estudios superiores los continuó en la Universidad de Guayaquil, en la Facultad de Ciencias Psicológicas, donde logró egresar en el año 2017. Ha participado en dos concursos de poesía al interior de su ciudad, sin mayor éxito. También ha dedicado innumerables horas a escribir novelas. Sus influencias más notables proviene de su mentor, Ignacio Carvallo Castillo, y de los poetas de la Generación del XXX de su país. Sus influencias extranjeras son Neruda y Bécquer, así como Ágatha Cristhie y Sir Arthur Conan Doyle.

Índice

Enamórate de mi...

La rosa azul

Niña de mis sueños

Nos odiamos

Errante hondera

Silencio

La bailarina

Enamórate de mi...

Enamórate de mí que me haces falta
como el sueño que consuela mi fatiga.
Enamórate de mí ¡oh, dulce amiga!
que no puedo más y más con tanta pena.

De tus labios solo imploro la palabra
que pronuncias cuando ves la primavera.
Un sencillo verso en prosa, si pudieras
complacermes mientras beso tu inocencia.

Ya no tengo entre mis fuerzas el coraje,
ya no puedo más y más con tanta pena...
Cada día es más difícil no gritarte:
por locura ¿quieres ser mi compañera?

Enamórate de mí que me haces falta,
¡oh, luciérnaga gentil y sempiterna!
Enamórate de mí que soy tu amigo
o atraviésame la frente sin querella.

Casi frunce ya su seño y su elegancia
esta luna que contempla, muda y ciega,
escuchando tristemente mis susurros
que te imploran: ¿quieres ser mi compañera?

La rosa azul

¿Por qué no te quedaste para inspirarme
de nuevo una poesía en cada noche?

¿Por qué no fuiste el alba toda mi vida
o la exactitud de mis manantiales penas?

¿Acaso en mis manos no fuiste una canción
y en mis labios una caricia de manzana,
esa que cada noche te dio mi amor, amor,
inspiradora ebúrnea y pincelada de oro?

Tantas noches lloré tu adiós y otras tantas
intenté olvidar las heridas de tu boca.
Grité con mi silencio tu nombre, campesina,
y el silencioso espacio me respondió callado.

Rasgué mi niñez con tus recuerdos tristes
como esperando tu regreso a mi testa un día.
Te hice un altar y te fabriqué un poema.
Encontré la rosa azul de tus lejanos sueños.

Nada sirvió para recuperar tu amor:
ninguna de mis bendiciones te alegraron.
Lejos de tu cariño mi corazón murió
y, lejos de ti, mi alma y mi ser desfallecieron.

Niña de mis sueños

Temblorosa y tímida, ¡oh, niña de mis sueños!
al fin tus labios cálidos me entregaste.
Entrelazados los míos te amaron y amaste mi boca,
con todas las dimensiones de tu ser me amaste...

El cielo mirabas como estrella confundida y sucia.
En la noche te perdías y regresabas toda.
Tus cabellos, hermosos y finos, ondulaban al viento.
Sentía que del pecho el corazón se nos fugaba.

Caminabas y tu mano sujetaba suave como delito.
Esquiva, porque mis labios no te retuvieran.
¡Déjame amarte! -proclamé con el sonido mudo de un beso-,
como si las palabras nos sobraran sencillamente.

¿Cómo olvidarte? ¿Cómo dejo de pensar en tí?
Resplandor de mi existencia, de mi vida, de mi nave.
¡Ay, que mi pecho duele como si fugara al verte
el corazón que te llevaste en cada beso de tu boca!

Nos odiamos

Tú me odias, pero yo te odio más;
nos odiamos y ese es nuestro querer,
porque queriéndote te odio sin saber
y odiándote me niegas el amar...

Me detestas, y yo te detesto más;
porque así me piensas y te pienso,
y se, que aunque no me des tus besos,
en mis besos siempre pensarás.

Yo te odio, pero tú me odias más;
nos odiamos y eso hace nuestro amor,
porque amándote me llenas de calor
y odiándote me amas mucho más...

Te detesto, y tú me detestas más;
y no hay otra manera de querernos:
locamente y sin saber volvemos
a la lucha que nos puede enamorar.?

Errante hondera

Quimera frágil. Errante hondera. Luna.
Fragante expresión de arena y sal, y ola.
Abandonado como en el alba un muelle,
y enfermo... de soledad infinita.

El silencio acude más rápido que el dolor,
y acuden con él las primeras horas.
Soy un barco en este muelle, y tú la ola.
El océano, inalcanzable, llama.

Para un verso el paladín se propone,
y para el alma... un beso espera.
El Sol se oscurece. La Luna se apaga.
La voz del Mar de nuevo llama.

Quimera frágil. Errante hondera. Cielo.
Dolor de mil partos en una roca etérea.
Colapso mortal. Sublime silencio. Rosa.
Absurdo sueño. Pañuelo en onda.

En el muelle, mi nave tomas prisionera,
y tus olas hacen de mí... su juguete.
Luna. Estrella de cielos claros como día.
Saqueadora de mundos.

Silencio

De pronto estaba mirándote fijamente
como se mira acostado la forma del cielo
y noté que eras bella, no como fantasía,
sino como el rocío más fresco de Abril.

Quise que besaran tus labios los míos,
y me arrancaran la idea de besar los tuyos.
Pero, sólo conseguí inundarme el pecho
con la misma herida incipiente y febril.

Soñaba con verte desnuda, y desvestirte,
mordiéndote la piel como el hambriento mendigo
cuyo apetito insaciable apenas finge,
preso de la implacable sensación de vacío.

Y mis sueños empeoraron con el paso del tiempo:
empecé a soñar que caminabas conmigo
y al tomarte la mano me decías "te quiero",
con la misma necesidad de amar lo incorrecto.

Soñé que dormíamos bajo la misma sombra
y nos abrazábamos no por el frío ni la brisa
sino por el silencio nocturno y sereno
que atacaba nuestros huesos con ansiedad.

Un día desperté, dispuesto a decir "te quiero"
y tuve tanto miedo que preferí esconderme,
socavando en mi pecho otra ciénaga herida
que el silencio no sana, ni los besos del mar.?

La bailarina

La bailarina, erguida su espalda, se levantó
bordeando la cuenca de mi pecho desnudo.
Apenas pude sentir su rostro girar hacia mí,
deseando mis besos, tomándome las manos,
apretándome la piel contra su piel descalza.
Pude sentir sus cabellos, espumosos y finos,
casi excitados también conmigo y con ella.

Tomé el camino más lento hacia el infierno,
besándole los párpados, la cola, las sienes.
Ella arqueó su sexo, anticipando mi música,
y el ritmo le gimoteó la sangre, hervida ya
de tantas palabras o tantos silencios dichos.
Aquella era la canción que esperaba, lo sé,
y era, también, la bailarina que yo desubría.

A esa bailarina le canto en cada noche febril,
dedicándole la estrofa de un amor perdido.
Soy un buzo en las aguas del recuerdo aquél,
de tus ojos negruzcos como mar profundo
que hierve incesante mi piel enamorada...
¡Y que anuda a mi pecho un amor sin igual!